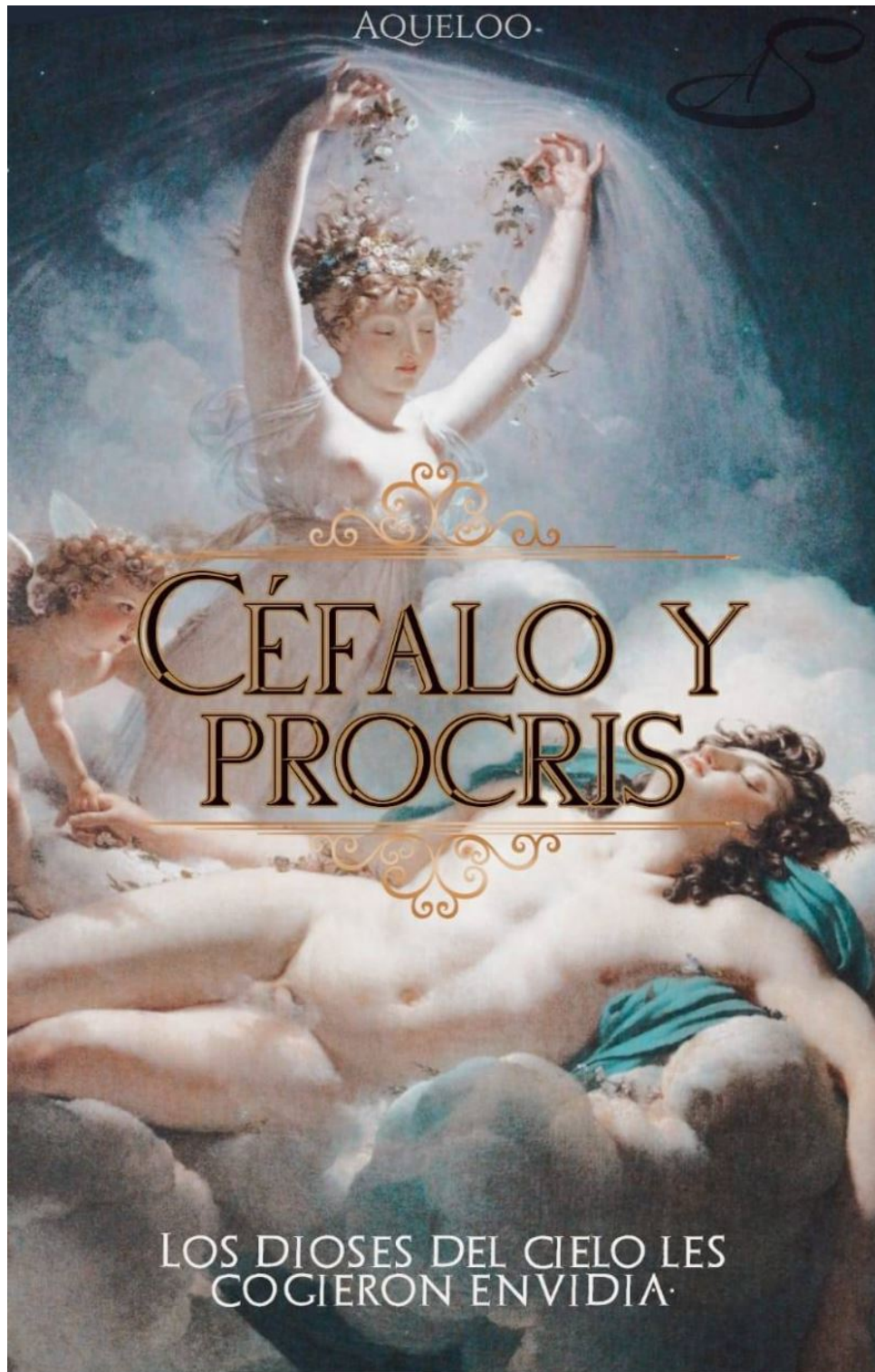


Céfalo y Procris

Enrique Toro Santiago



Capítulo 1

Céfalo y Procris

Acercaos, distinguidas damas, orgullo de la raza iliria, a escuchar la historia del varón más hermoso que la tierra ha producido. Al cual los moradores del cielo le otorgaron valor, belleza y amabilidad. Su voz sonaba tan dulce como la miel que brota del florido Himeto, donde gustaba pasar el tiempo cazando cornados ciervos, montaraces jabalíes y leones de torva mirada.

Era Céfalos, que así se llamaba el mancebo, un héroe de estirpe real que, sin pensar en gozar de los presentes de Afrodita, a todas rechazaba, ya fueran delicadas doncellas, ya ninfas cautivadas por su apuesta figura.

Mas no por ello faltaría él a sus filiales deberes, cuando los amados progenitores reclamaron su presencia en la corte del poderoso Erecteo, electo soberano de Atenas. En la ceremonia de la coronación del rey, Céfalos descendió de la montaña y penetró en la ciudad, bajo el designio de los bienaventurados dioses.

Tenía este monarca opulento un suntuoso palacio de pulimentadas columnas elevándose hasta los altos y torneados techos. Múltiples pabellones y pórticos marmolados rodeaban el salón principal, la cámara de los reyes y las siete lujosas alcobas de sus estimadas hijas, gloria de su padre y su veneranda madre. Princesas bulliciosas y risueñas, se les veía corretear por todo el recinto, afanándose en preparar el día en que nobles atenienses y aristócratas aliados llegarían para asistir al real evento.

En el momento oportuno, el palacio se llenó de vida, festividad y alegría; hubo música, danza y copiosos manjares servidos en bandejas de plata. En el ágora, los atletas competían en los juegos, ante la atenta mirada de las siete princesas, embelesadas por los triunfos del bello cazador; en la carrera, la jabalina y el arco resultaba tal su destreza que el rey lo convocó, movido por complacer a sus hijas y conocer de su procedencia.

—Dime cómo te llamas, cómo se llama tu padre, que nadie entre los nacidos, ya sea vil o insigne, carece de nombre desde que nace.

—Magnánimo caudillo, yo soy Céfalo, hijo de Deyoneo, que gobierna a los focenses de larga cabellera. Él me encomendó acudir a la corte de tus dominios y brindarte la amistad de los míos.

—Admirable pero ingenuo cometido —replicó el pastor de hombres—. La amistad de Atenas es un gran tesoro. ¿Creías acaso que la obtendrías tan solo por haberla solicitado?

—Mi ofrecimiento es sincero, ¡oh, rey!, y lo juraría ante los dioses si de este modo me creyeras.

Erecteo meditó respecto a lo que le había dicho Céfalo. Él era un líder de ánimo inflexible; no obstante, le agradaba aquel joven y deseaba probarlo.

—Sea pues. Ve, recorre la ciudad, busca nuestros templos, altares y santuarios, y júrame lealtad frente a cada uno de ellos. Ejecuta cuanto te ordeno antes de que el sol termine su carrera y se extiendan las tinieblas sobre la tierra, y yo te sentaré en mi mesa, donde comerás de mi pan y beberás de mi copa, para que todos sepan que hay lazos de amistad entre nosotros y nuestros pueblos.

En ese instante, Procris, la más audaz de las siete princesas, acercóse al trono diciendo así llena de amarga indignación:

—¡Oh, padre! ¿Qué palabras salieron de tus labios? En verdad que eres un hombre insaciable. ¿No ha realizado ya bastante este héroe por nosotros, librando los caminos de tu reino de fieras dañinas con su certero brazo? Ahora pretendes someterlo a una infecunda tarea, enviándolo a los sagrados lugares de una urbe que le es ignota.

Lejos de irritar al férreo gobernante, la osadía de Procris le hizo reflexionar y sonreír con condescendencia.

—No es mi intención penalizar las buenas acciones, sino probar la fidelidad de aquellos que aspiran a llamarse amigos nuestros. Sin embargo, tus reproches me han conmovido el alma, y por ello consentiré que lo acompañes y lo asistas.

Procris se alegró mucho al oírlo, y apremió a Céfalo para que ambos abandonaran el palacio con celeridad, no fuera que el rey cambiara de parecer. Pronto se perdieron por la acrópolis, donde los atenienses se reúnen con el fin de rendir culto a sus héroes y divinidades protectoras. La princesa, conocedora de su patria, aleccionaba al fascinado cazador, refiriéndole el origen de cada recinto; y en tanto ella hablaba, parecía a él que la mañana se iluminaba un poco más.

El deleite de la conversación causó admiración, la admiración atracción; y cuando ya la resplandeciente luz del sol se iba a morir al otro lado del océano, tornaron a la mansión paterna con los corazones henchidos de amor en sus pechos.

No le pasó inadvertido a Erecteo tan intenso sentimiento al contemplar el jubiloso semblante de la hija querida. El rey, complacido, agasajó al joven extranjero durante el ciclo completo de una luna. Tras lo cual, mandó llamar a sus parientes y consintió en el deseado enlace.

Céfalo y Procris peregrinaron por la acrópolis una segunda vez, camino del altar nupcial, bellos y llenos de felices pensamientos. Los ciudadanos se agolpaban en las calles, y les lanzaban margaritas y jazmines a los pies con el propósito de honrarlos.

Erecteo entregó a su ínclito yerno el gobierno de la brillante Tórico, ciudad colmada de plata. Él allí edificaría una hermosa residencia, donde los desposados gozarían de la compañía y el amor conyugal; hasta el día que habría de ser puesto a prueba...

Un amanecer estival, Eos, poderosa divinidad de azafranado velo, sorprendió a Céfalo en el monte donde acostumbraba a cazar. Y aquella cara de infante en un musculado cuerpo, despertó en ella el más carnal de los deseos.

—¿Quién eres, que en solitario caminas por estos sombríos bosques? —le preguntó él.

—Joven de rizos dorados, yo soy la que extiende el albor sobre la tierra de los vivos, y que ha llegado a tu presencia con una irresistible sed de tus labios. Ven, entremos en tu cabaña y gocemos del amor. Alégrate el corazón, que en este día se te concede el conocer el abrazo de una diosa.

—Reina de la mañana, por muy dulces que sean tus besos, yo no los he de probar. En mi casa me espera mi estimada Procris, a la cual me unen los sagrados juramentos del himeneo, que no se deben quebrantar ni con palabra ni con obra.

—¡Deja ya esa falsa virtud! —replicó con soberbia la diosa—. Dime qué es lo que quieres y no me hagas perder el tiempo. No hay demonio, ni mortal, ni numen celestial que no se deje seducir si el beneficio le compensa, ni siquiera tu esposa, de la que tanto te envanece.

—No, en modo alguno cabe en ella tal vil condición, pues posee un alma pura y sin tacha, sin lugar para la tentación —le contestó el contrariado Céfalo.

—¡En verdad que no hay hombre más necio que tú! Pero no seré yo quien se oponga a tu insensatez, sino que tú lo veras con tus ojos.

Habiendo dicho esto, extendió los brazos hacia él y comenzó a recitar un conjuro en un ancestral dialecto. Su voz resonaba con la potencia de cincuenta guerreros, y sus pupilas arrojaban rayos cegadores. El impresionado cazador intentó gritar al mirarse los miembros y ver que se oscurecían, mas solo conseguía oír un grave y profundo alarido emergiendo de su propia garganta.

—Nada temas, ningún mal te sobrevendrá de mí —le tranquilizó la Aurora.

Obrando magia divina, lo vistió con túnica carmesí de fino lino, y cubrió sus anchas espaldas con la manchada piel de un leopardo. Puso en torno a sus muñecas retorcidos brazaletes, y una cinta plateada rodeaba su ahora negro y rizado cabello.

—Hasta que caiga la noche y salga la brillante luna, en todo parecerás un moreno varón venido de la remota Etiopía. Ve, prueba de seducir a tu amada, que no te ha de reconocer.

Por último, se quitó la corona que adornaba su virginal cabeza y la depositó en sus manos: gala sublime que despedía la luz ocre de un vivo amanecer.

—Ten, muéstrale esta extraordinaria prenda. Halágale con suaves palabras y, al punto, verás cómo te abre la sacra cámara conyugal que con tanta devoción edificaste en su honor.

Céfalo regresó a Tórico en un carro ornamentado, tirado por dos albinos corceles que la diosa de rosados dedos dispuso para él. Procris salió a su encuentro sin conocerlo.

—Ilustre hija del magnánimo Erecteo, a la que los altísimos concedieron el don de la belleza, tres veces felices sean tu padre y tu veneranda madre —Le aduló el transfigurado esposo—. Mi nombre es Pteleón, y recorro la florida Ática vendiendo primorosas maravillas, que expertos artífices elaboraron con esmero.

—Salud, viajero, que la paz sea contigo y con los tuyos allá donde quiera que habiten, y que me es imposible de imaginar. Pues tus rasgos, aunque apuestos y viriles, me son del todo ignotos.

—Mi señora, yo procedo de la Tebas de Egipto, ciudad próspera llena de tesoros y que tiene cien puertas, traspasadas a diario por cientos de varones con sus caballos y sus carros. Grandes templos se levantan a los dioses, los cuales nos aman mucho, nos visitan y participan en nuestros

festejos y banquetes. Ellos nos enseñaron las leyes y el don de la hospitalidad.

—Aquí también seguimos esos sagrados preceptos —le dijo la amable Procris—. Descansad en mi morada de los trabajos del camino, luego podréis exhibir las mercancías que tratáis, y contarme más acerca de vuestra patria y las tierras que habéis conocido.

Las sirvientas lavaron y ungieron la falsa y negra piel de Céfalo con aceite perfumado, acrecentando su exótico atractivo para ella, que absorta escuchaba las fabulosas historias que él le relataba.

Al anochecer, le mostró la corona del alba, y los ojos de la princesa brillaron de codicia y de deseo.

—Hijo del desierto, espléndidas alhajas poseo yo en mis aposentos, y mucho oro, cobre y hierro magnífico labrado con arte anegan los sótanos de la mansión paterna. No hay duda de que él te colmaría de riquezas si me cedieras tan exquisita corona.

—Hermosa soberana, no existe objeto más valioso en mi corazón que este presente venido de mi madre querida. Ella lo recibió de un inmortal residente del estrellado cielo, dando testimonio del afecto que le profesaba.

—Si de una ofrenda de amor proviene —respondió Procris con un sensual susurro—, es amor lo que debo de ofrendarte a cambio.

Así diciendo, soltó de su gracioso hombro el rozagante peplo que la vestía, lo dejó resbalar hasta el limbo de sus tobillos, y su linda piel quedó desnuda y deliciosa, expuesta al fulgor de las antorchas.

Él, inflamado de excitación y lujuria, la cubrió de besos y caricias de forma que a la princesa le resultó familiar, y no tardó en distinguir las maneras de su ausente esposo. Confundida, se apartó del extranjero con la intención de contemplarlo mejor bajo el resplandor de la luna; astro que, en ese instante, lo devolvería a su legítimo aspecto.

Dulce Procris, llena de vergüenza y remordimiento, abandonaste el palacio cuando descubriste el engaño. Y tú, bello Céfalo, ¡qué solo te quedaste! Nunca debiste acceder a una prueba tan cruel, la cual ni los mismos dioses superarían, ellos que nos aventajan en virtud, dignidad y poder.

Ahora decidme, ¡oh, musas!, a vosotras os invoco que tenéis memoria imperecedera. ¿A qué lugar llegó ella primero y cuál fue el último en su triste error?

En primer término, retornó al hogar de sus amados progenitores, donde no halló consuelo para su pena. A continuación, cruzó el istmo y, vagando por las ciudades de los aqueos, acabó embarcándose hacia el reino de Minos, el más poderoso de los mortales.



Era este monarca retoño de la fenicia Europa, que lo concibió de Zeus tempestuoso el día que transfigurado en toro la transportó a lomos hasta la espaciosa Creta. Su padre le dio el cetro de la isla y le procuró una consorte de linaje divino. Empero de ella le fue negado el gozar, debido a una enfermedad carnal.

Como quiera que los físicos y curanderos de la corte se habían declarado incapaces de aliviar la dolencia del soberano, mandaba interrogar a todos los foráneos que arribaban a puerto, por si conocían algún remedio para su mal.

Minos recibió a Procris en su monumental propileo, sentado en un trono de oro. No bien la tuvo delante, de este modo le inquirió:

—¿Quién eres? ¿De dónde procedes? ¿Qué propósito te trajo a mis dominios? Habla y nada me ocultes, a fin de que yo lo sepa.

—Augusto señor, yo soy la más infeliz de las hijas del rey Erecteo e indigna cónyuge del mejor cazador que haya producido la Hélade.

Así dijo lamentándose la princesa, impulsada por una deidad. Tras lo cual, relató su trágica historia, partiendo del momento aquel en que su esposo

presentose ante su puerta semejante a un extraño, y el alma soberbia de Minos se apiadó en extremo al escucharlo.

—Todo esto que dices se apodera de mí y me contrista, puesto que a mí también me ha alcanzado la desgracia por cometer la misma falta. ¡Oh, crueles divinidades, que nos permitís sucumbir a las tentaciones del cuerpo, que tan escaso beneficio nos otorgan y tanto dolor nos causan!

—Caudillo poderoso, nada sé de las heridas del espíritu; pero si tu dolencia es terrenal, mi ánimo me inclina a ayudarte si puedo. Poseo habilidades en las artes curativas, que he adquirido de los sacerdotes de Apolo Sanador, allá en la fértil Acaya. Fueron ellos los que me encomendaron que viajase a tu excelso palacio, manifestándose por boca del dios, según decían.

—Sin duda, a entrambos nos ha citado el hado en este punto para redimir nuestros pecados, cumplidas queden ya las penitencias. Cúrame pues, que yo por mi parte te colmaré de dádivas con las que aplacar el corazón de aquel al que fallaste como esposa.

El día en que el divino Orión ascendió al cielo centelleante, dejó en los sagrados bosques de Creta su arco formidable, el carcaj y un enorme sabueso, incansable y veloz en la carrera, progenie de las inmortales bestias que se crían en las profundidades del averno. Minos lo atrapó para Procris, en pago por sus cuidados y tratamientos. Asimismo, le hizo entrega de una saeta del asombroso cazador, si bien, por su magnitud, no apta para el arco de un mortal, se le ajustaba a la mano. Con estos presentes la embarcó en una nave de hermosos bancos que la devolvería a su tierra patria, decidida a participar en el torneo de la flechadora Artemisa, donde esperaba encontrarse con su bello Céfalos.

Mas antes, a instancias de la diosa, cortó sus graciosos cabellos, puso sobre su cabeza un gorro de ala y cubriose con vestiduras a la manera de los ásperos montañeses, tramperos que se ganan el sustento con las pieles de sus capturas; y en su determinación a no ser reconocida, ciñó a sus lindos pies unas hoscas sandalias de pellejo de cabra. Habiendo sepultado todo signo de su feminidad, se encaminó al campamento del certamen.

Los contendientes, al verla, la tomaron por un muchacho, imberbe e ignorante, y se mofaron de ella, «pronto habrían de arrepentirse». En ese momento, compareció su amado esposo, gallardo y majestuoso, semejante a un león en medio de una manada de lobos, y la saludó con estas aladas palabras sin conocerla:

—Salve, alumno de la flechadora Artemisa. ¿Qué te impulsó a llegar hasta aquí solo, siendo cual eres demasiado joven para repeler con tus brazos a quien te ultraje? Ea, dinos tu nombre, el nombre de tus padres y de dónde

vienes, en pro de que todos lo sepamos y te respetemos desde este instante.

A Procris se le encogió el corazón en su presencia, y ocultando sus ojos vidriosos, le respondió:

—Señor, yo soy Pterelante y he venido navegando desde Cnosos, la más populosa de las cien ciudades que ocupan la isla de Creta. Allí nací, engendrado por Acrisio, varón versado en la caza y la montería. Él todo me lo enseñó, no obstante, ya no sale más al bosque a causa de su vejez.

—Seas bienvenido pues —le deseó Céfalo—. Traed ahora a las víctimas y ejecutemos los leales juramentos, con el designio de que nadie agravie al compañero, ya mediante obra, ya hablando con falsedad.

Los hombres obedecieron y juraron por Artemisa, comieron, bebieron, y a ninguno le faltó su porción.

Al sonar el cuerno, se dirigieron a la espesura, armados con jabalinas y corvos arcos. La princesa iba con ellos blandiendo el extraordinario dardo Orión, forjado en los fuegos del sol. Era este de oscuro metal, salvo la rojiza punta en forma de hoja de laurel, la cual despedía una luz cegadora al salir disparada de su certero brazo.

Mientras duró la mañana y fue creciendo la llama sagrada del día, los hábiles cazadores hostigaban a las presas, acorralándolas con la ayuda de los perros de agudo olfato. Céfalo, que iba a la cabeza de la partida, advirtió que el voluminoso podenco de Procris aventajaba a los demás en valor y presteza; y cada vez que ella arrojaba su brillante dardo, él lo traía siempre de vuelta clavado en el animal abatido. Con el anhelo de poseer tales prodigios, esto le dijo:

—Pterelante, esos portentosos dones de la diosa te han cubierto de gloria ante varones de dilatada experiencia. Por ende, temo que la funesta envidia penetre en sus pechos y busquen tu perdición con el objeto de apoderarse de ellos.

—¿Y qué hay de vos, señor? —le preguntó su travestida esposa con intención de probarlo—. ¿También deseáis arrebatarme lo mío?

—No, yo no violaría los leales juramentos por mucho que me maraville. De otro modo, si los cedieras por voluntad, yo te haría entrega de una cantidad de oro en nada despreciable.

—Gentil Céfalo, el can es de progenie inmortal y en su origen perteneció al divino Orión, al igual que esta asombrosa arma. Minos los recibió del gigante antes de abandonar su reino, y este se los regaló a Acrisio en

agradecimiento por sus servicios como consejero en sus reales cacerías. Él, mi padre, me los dejó en herencia cuando el peso de la senectud le debilitó los miembros, conminándome a no trocarlo por el vil dorado metal, maldición de los hombres.

—Joven Pterelante, poseo otros bienes que ofrecerte a cambio, tengo grandes extensiones de tierras de labor, y soy rico en ganado lanar y bovino. Tampoco te negaré barcos, o cualquier cosa que yo disponga y sea grata a tu corazón.

Lo cierto es que a Procris no le interesaban los presentes materiales, y así se lo hizo saber:

Concédeme aquello que se le brinda al ilustre y se le otorga al vasallo,
que es máspreciado que la riqueza y el poder,
más antiguo que la misma tierra,
hermoso como el primer momento del sueño,
sol ardiente, ineludible deseo, agua para el sediento.

Concédeme en esta noche el calor de tu cuerpo.

A Céfalo, que nunca tuvo inclinación de yacer con otros varones, el precio le era excesivo, pero ansiaba tanto obtener el sabueso y el dardo de Orión que asintió bajando las rubias cejas.

Llegada la hora en que luz y oscuridad se disputan la supremacía, los cazadores regresaron al valle, al abrigo de los cercados recintos. Allí, el príncipe poseía magníficas estancias, hechas de fuertes planchas de abeto y techos recubiertos de gruesas cañas que habían cortado de la pradera. Procris aguardó a que el vino y la comida vencieran al resto de la partida, a fin de lavar su piel deliciosa y ungirla con perfumado aceite. Acto seguido, subió a la alcoba de su amado y en la penumbra lo esperó, excitada y desnuda.

Poco a poco, la quietud dominó el campamento y el murmullo de la noche se dejó oír. Los hombres se retiraban a sus respectivas cámaras para rendirse al descanso; y Céfalo, triste y resignado, entró en la suya, donde se había citado con Pterelante. Con la esperanza de encontrarlo dormido, se quitó las vestiduras en silencio y se recostó boca arriba en el otro extremo de la cama. Mas ella, lejos de ceder al sueño, se impacientaba

por entregarse a él, y de esta manera lo reclamó:

—Acércate, noble príncipe. Pon tu cabeza en mi pecho y oye su fuerte latir.

—El vino mis sentidos ha mermado, apenas escucho tu voz.

—Entonces, arrópame con tus brazos y acaricia mi suave piel.

—Mis manos están temblorosas y frías, no te quiero incomodar.

—Acúnalas en mi boca y mis suspiros las calentarán.

—No consigo encontrar tu rostro, demasiada oscuridad.

—Aquí está.

Diciendo así, se acercó a él y le regaló un beso, húmedo e intenso, y a Céfalo el inconfundible aroma de mujer le inundó todos los sentidos. Extrañado, levantó los brazos y le tocó los senos, tersos y generosos. Ella, sabiendo lo que vendría después, abrió sus cálidas piernas, y la mano de él se coló como un pececillo buscando refugio en la apertura de una roca. Procris se estremeció y su esposo la reconoció al instante.

—Mi dulce, dulce Procris —susurró—. ¿En verdad eres tú?

Ella, cogiéndole de la mano, en estos términos le respondió:

—Sí, he vuelto a ti, mi bello Céfalo. Una divinidad compasiva me participó de tu dolor, el mismo que yo he padecido.

Los erotes, niños alados que se cuelan en las alcobas de los amantes, acudieron a ellos aquella noche para festejar el feliz reencuentro: allí estaban el amor, el deseo, el dios de la pasión y el predicado seductor; y nunca, nunca dejarían de visitarlos, hasta el día que fueron reclamados a la última morada.

¡Salve, musas benévolas!, que me habéis asistido en este hermoso canto.